

«Adiós a la filosofía»

Noticia sobre Cioran

"Si vous voulez vraiment le savoir, j'aurais préféré ne jamais être né. La vie, je trouve ça bien fatigant. Bien sûr à present la chose est faite, et je ne peux rien y changer".

(J. M. G. Le Clézio, «La Fièvre»)

Casi a modo de línea paralela a la década de los años setenta —concretamente, a partir de 1972— se han ido desparrramando por este país las traducciones de algunas de las obras de Cioran, y simultáneamente han sobrevenido los comentarios, aunque mejor cabría decir «saludos de bienvenida». Lo último en aparecer es esa selección de textos¹ de tres obras de Cioran, ya publicadas anteriormente², donde se nos asegura que «está todo Cioran, completo y verdadero, no una simple muestra». Con motivo de ese título, sacado por F. Savater de uno de los fragmentos seleccionados, presentamos una reflexión sobre este «saludo de despedida» del escritor rumano a la filosofía.

1. *Adiós a la filosofía*, prólogo y selección de F. Savater, Alianza editorial, 1980

2. Se trata de *Breviario de prodredumbre* (1972), *La tentación de existir* (1973) y *El aciago demiurgo* (1974), publicadas por editorial Taurus.

«Metaphysicae commentatio»

A los ojos de Cioran es tanta la tolerancia que hoy nos ofrece la filosofía que no cabe esperar grandes cosas de ella. Vista su falta de operatividad, lo filosófico no iría más allá de la acentuación del ensimismamiento. Sin nada de qué ocuparse, ha pasado a ser un género cuyo único progreso se basa en el juego de palabras; «los grandes sistemas no son en el fondo más que brillantes tautologías. ¿Qué ventaja hay en saber que la naturaleza del ser consiste en la «voluntad de vivir», en la «idea», o en la fantasía de Dios o de la Química? Simple proliferación de palabras, sutiles desplazamientos de sentidos»³.

Sin objeto alguno que le concierna, la filosofía redime su abandono entregándose al análisis de cualquier asuntillo. Basta pasar más tiempo de lo debido dedicándose a rumiar un problema para adquirir la aureola de filósofo. Incapacitado ante la vida, el filósofo opta por replegarse a vivir de sus debilidades; no sabiendo dónde encontrar sus directrices, sustancializa su soledad y la eleva a nivel de panacea. Ninguna tarea requiere mayor fe que la de entregarse a la filosofía, pues escarmentados de falsos dioses nada hay más contrario a la lógica que volver a sumergirse en otra creencia, más vaga aún si cabe: la de asir lo fundamental.

Absorto en tal manía, el filósofo, para Cioran, parece poseer todas las deficiencias posibles que impiden abandonarse a la vida. Solamente cierto espíritu encogido predispone para filosofar o, lo que es lo mismo, para aplicarse ungüentos interiores. El único afán del filósofo consiste en abortar los desfallecimientos en sus horas de soledad y en repudiar el atractivo de la superficialidad. Tan profunda como estéril, la filosofía se convierte en una danza de conceptos en torno a lo inexpresable. Cualquier digresión filosófica sería (?) se nos presenta con la secreta confesión de haber naufragado ante lo insondable; lo dicho es un fiel inventario de nuestros fracasos en tanto que pensamos.

3. *Breviario de podredumbre*, p. 68.

Resulta así que, tras la «profundidad» del filósofo, no hay sino una empañada melancolía, producto de la frustrada aventura que supone querer sumergirse en el ser o autoaprehenderse de un modo definitivo. No hay otros conocimientos (sic) que produzcan tanta desazón como los filosóficos, pues son la desazón misma. Sería revelador hacer un escarceo a través de nuestras flaquezas para ver cuál de ellas nos inclina a asumir el papel de pensador, pues es indudable que someter la arbitrariedad de la vida a una simple decisión del pensamiento no puede provenir sino de una irritación de nuestros males-tares. Cioran no expresa otra cosa que su perplejidad ante semejante empecinamiento: «¿Cómo se puede ser filósofo? ¿Cómo tener el atrevimiento de embestir contra el tiempo, la belleza, Dios, y todo lo demás? El espíritu se vuelve engreido y brinca sin vergüenza. Metafísica, poesía —impertinencias de un piojo...»⁴.

Para Cioran la filosofía sólo hace su agosto cuando se desentiende de lo «esencial» y se entrega a lo «razonable». Inquirir más allá de ello pone en evidencia su esterilidad, pues «todo problema, si se toca el fondo, lleva a la bancarrota y deja el intelecto al descubierto: no hay ya ni preguntas ni respuestas en un espacio sin horizontes»⁵.

No se puede halagar menos al filósofo que llamándole «profundo» porque allí donde no existe el fondo la profundidad está de más. Tras muchas horas de meditación no se encierran más que contados momentos de lucidez. Basta aprendérselos de memoria y recordarlos de vez en cuando, porque más allá de ellos se tropieza con el «obstáculo difuso del vacío»⁶.

Uno se adelanta hacia la metafísica cuando lo cotidiano ya no depara ningún atractivo; cuando nuestra capacidad de exigencia se torna enfermiza y sobrepasa sus propias limitaciones. Entonces lo único que se aprecia son las propias obse-

4. *Syllogismes de l'amertume*, París, Ed. Gallimard, 1952, p. 40.

5. *Breviario de podredumbre*, p. 100.

6. *Ibid.*, p. 100.

siones y no hay pudor ni vergüenza que nos merme en la aventura. Cuando sobrepasamos nuestro positivismo particular padecemos más urgencia aún por sumergirnos en la superstición de siempre: el esclarecimiento a ultranza. Excesivamente deslumbrados por la palabra «filosofía» y toda su historia, no caemos en la cuenta de que únicamente se trata de avivar un poco más nuestras heridas dándoles un lustre de consciencia.

Nuestra vena metafísica nos lleva a un callejón sin salida por muy alambicadas que sean nuestras reflexiones. Para Cioran sólo cabe ignorarla o padecerla: «los que trascienden el oficio de existir deben o pactar con lo inesencial, dar marcha atrás e integrarse en la eterna farsa, o aceptar todas las consecuencias de una condición separada y que es sobreabundancia o tragedia, según que se la mire o que se la padezca»⁷. Si hay alguna enfermedad de la cual hay que curarse cuanto antes, nos vendría a decir Cioran, esa enfermedad, o ese talante si así queremos nosotros, es la metafísica, pues no hay emperramiento más estéril —la historia del pensamiento lo muestra— que aquel que persigue lo fundamental.

«*Philosophy of Language*»

No hay manera más directa de acusarse uno mismo que poniendo en entredicho al lenguaje, acusando a las propias palabras que utilizamos. Esta contradicción, que no incoherencia, es fundamental en el pensamiento de Cioran: sus palabras denuncian la insania que ellas mismas encierran. Escapar a este singular cinismo precisaría una maestría inhumana, de otro modo, ¿cómo comunicar nuestro derecho al silencio?

Todo sujeto, a poco que se detenga, descubre el extravío con que interpreta cualquier realidad; tras cada palabra analizada más de lo debido, una decepción. El lenguaje, como toda fórmula de acomodación, es una triquiñuela promotora de desequilibrios. Inadaptados a la realidad por propio nacimien-

7. *Ibid.*, p. 101.

to, ¿a qué insincerarse aún más por un manojo de palabras? Cada palabra, cada frase componen un orificio imprevisible por donde penetran nuestros males y nos convierte en funcionarios del adormecimiento cuando la mejor vigilia es el silencio.

Esos «eructos honorables», como Cioran denomina a las palabras, son el automatismo más precario y, a la vez, más implacable que opera sobre nosotros. Solamente la lucidez o el desencantamiento nos lo hacen intolerable. Condenados a vivir del lenguaje para acá, soñamos con otra tentativa que nos sustraiga de la opacidad de las cosas al tiempo que nos dispense del silencio. De otra manera, nuestra resignación, pese a lo irreversible de la cuestión, sería condescender con la falsa armonía.

Un momento de silencio casi resulta tan convencional como perderse en el vocabulario; alcanzar el difícil ejercicio de silencios prolongados es el mejor camino de familiarizarse con nuestras exigencias más propias, que suelen ser las que más pánico nos proporcionan. Nuestras pausas sólo persiguen la recuperación de un poco de aliento para volver a la carga, pues «nuestra locuacidad es prenatal. Raza de charlatanes, de espermatozoides verbales, estamos químicamente ligados a la Palabra»⁸. Contenerse supone, aparte de ir contra el «buen entendimiento», deslizarse hacia la zona donde se deja de ser cómplice de uno mismo y donde el extrañamiento empieza a invadirnos de abajo arriba. Sin hablar ni pensar la más mínima trivialidad... ¡cómo describir eso sin aludir al estado de mineral!

Cada exhortación de Cioran, por imposible que parezca, señala lo que al menos una vez hemos soñado practicar: suplir este universo por otro. Urgirnos a querer desbancar nuestra «demiurgia verbal» es algo que se asemeja a un cambio de parecida naturaleza; solamente la realización de tal proyecto es lo secundario. Lo importante para Cioran es desear la esterilidad de un pedazo de roca.

8. *Syllogismes de l'amertume*, p. 21.

«La palabra y el silencio. Uno se siente más seguro cerca de un loco que habla que de un loco que no puede abrir la boca»⁹. Hurtarse a la expresión es algo intraducible para los otros y, por lo tanto, metamorfoseable en misterio, con lo cual ya está lograda la ruptura con los demás. No «comunicar»..., resistirse a la asimilación con los que nos rodean y ofrecerles el vacío como contestación y automáticamente nos expenderán un certificado de demencia mental. Esta es la otra cara de la renuncia a la charlatanería.

Si cabe todavía mayor desencanto, éste nos lo proporcionan las palabras que por una extraña actitud escribimos con mayúsculas. Toda Gran Palabra lleva implícito un adjetivo en el tamaño de su primera letra. Si es la Verdad, trátese de inaccesible, si lo Desconocido, pavoroso..., si, en fin, Dios, toda la teología. Toda mayúscula aspira a recrear aún más la fetidez de los vocablos y no hay palabras más masticadas que las «grandes voces»; «basta solamente un momento de acritud para percibir bajo cualquier palabra un regusto de saliva extraña»¹⁰. Cuanto más dignas, más gastadas.

Dice Cioran que entre estos vocablos hay uno sobre todos los demás que ha tenido una larguísima carrera y que ha sufrido innumerables avatares, tal es «el Alma». Retoma el lugar que en el neoplatonismo tenía («principio cósmico»), luego señala la usurpación que el cristianismo hizo de ella: la antropomorfizó, más que nada para instrumentar la fe. Posteriormente, la sicología la ignoró hasta hacerla desaparecer. Y hoy solamente en las iglesias y en las canciones cuya melodía sea soportable aparece la palabra «Alma».

Toda palabra está de más, nos dicen tanto Beckett como Cioran. Lo que sucede es que el verbo es una institución tan poderosa que es imposible demolerla, pues notaríamos que todo nos baila bajo los pies, pues «perdiendo el contacto con las palabras se pierde el contacto con los seres»¹¹.

9. *Le mauvais demiurge*, Ed. Gallimard, Paris, 1969, p. 173.

10. *Breviario de poáredumbre*, p. 148.

11. E. M. CIORAN: *De l'anecdote à l'insondable*; "La Nouvelle Revue

Paradójicamente, frente a este desapego al lenguaje, Cioran idolatra al estilo. Así Claude Mauriac ve en Cioran uno de los mejores escritores franceses de la actualidad; Saint-Jhon Perse, igualmente, lo eleva hasta Paul Valéry y, por otra parte, no deja de admirar la altivez de su pensamiento. Es en este estilo tan depurado en el que Cioran parece haber puesto por única vez una pasión desmesurada. Hay que decir con Mauriac que «Cioran, que no cree en nada, no puede evitar tener fe en el lenguaje bello»¹².

Cioran llegará a decir que hay un momento en el cual para ciertos espíritus la escritura ya se ha convertido en destino. ¿No habría que decir eso mismo de él? Es precisamente este trozo de destino el único puente que le une a los demás, pues sus libros no son sino autobiografía, y el mutismo sería un infierno demasiado completo para él. De no ser así habría que sospechar que se sobrepasa escribiendo o que fabula.

El cultivar la expresión más que un gesto de cara a la galería es una nueva garantía de su desapego. Idolatrar al estilo, nos viene a decir, debe impulsarnos más a la desconfianza que al asentimiento, porque «¿qué de extraño tiene que el estilo sea juntamente una máscara y una confesión?»¹³.

El esfuerzo que el mismo Cioran confiesa haber llevado a cabo para dominar el francés moverá a cualquiera a imaginarse los motivos que le llevaron a ello. Es justa la sospecha de que las cosas no encajan en su justa medida, ¿su escepticismo es meramente ocasional?. Curiosamente vemos que el único punto de resquebrajamiento de la obra de Cioran puede ser el aderezo con que ésta se presenta: la podredumbre en un bello breviario.

Vindicación del escepticismo

Nos cuenta Diógenes Laercio en su «Vidas de filósofos», que en cierta ocasión Pirrón respondió a una interpelación

Française", 1973, n.º 249, p. 58. Posteriormente recogido en *L'inconvenant d'être né*, Gallimard, 1974, también de Cioran.

12. C. MAURIAC: *La aliteratura contemporánea*, Ed. Guadarrama, 1971, p. 174.

13. *La tentación de existir*, p. 115.

diciendo, que una de las más arduas tareas es la de desnudarse enteramente de hombre y que esa lucha ha de ser emprendida con obras, y si no, con la razón. He aquí todo un programa de escepticismo.

Algo semejante sucede con Cioran. En efecto, considerarnos a nosotros mismos como escépticos es para Cioran la actitud —o pose— que más cabe agradecer. Horrorizarse ante cualquier certeza es algo que no siempre puede lograrse, pese a ser el único ejercicio que merece la pena, pues no hay mayor delectación que intervenir las verdades. Si Cioran nos propone este camino es aún a sabiendas de su imposibilidad, ya que junto a las horas vacías, en que la nada se convierte en el máximo criterio, todos sabemos las zozobras y las afirmaciones que conviven con nosotros. Son demasiadas las tentaciones para no sucumbir siquiera ante una de ellas. Paradójicamente, la atonía es algo conquistable —cual ascesis estoica— a fuerza de vigor, y morir de entumecimiento supone la máxima heroicidad.

Se es escéptico en la medida en que ahogamos nuestra capacidad de sobresalto; en la medida en que demoramos perpetuamente nuestros momentos de seriedad. Sin embargo, hasta en las situaciones en que no deseamos nada, actúa una sutil creencia que nos oliga a fingir lo requerido para tal trance. Es el extraño que hay en nosotros el que acusa que creemos que no creemos. Por más que alardeemos, nos dice Cioran, jamás dejaremos de comportarnos como tránsfugas de nosotros mismos: «el escéptico mismo, enamorado de sus dudas, se muestra fanático de su escepticismo. El hombre es el ser dogmático por excelencia; y sus dogmas son tanto más profundos cuando no los formula, cuando los ignora y los sigue. Todos creemos en muchas más cosas de las que pensamos, abrigamos intolerancia, cuidamos prevenciones sangrantes y, defendiendo nuestras ideas con medios extremos, recorremos el mundo como fortalezas ambulantes e irrefragables»¹⁴.

14. *Breviario de podredumbre*, p. 79.

Para Cioran no hay nadie más lejos del escéptico que aquel que pretende serlo a través del adoctrinamiento filosófico; convivir con la duda, dentro de lo que cabe, es algo que no se nos impone desde fuera. Raramente deja de ser el escepticismo una vocación cuyo centro reside en nosotros mismos, «sin nuestras dudas sobre nosotros, nuestro escepticismo sería letra muerta, inquietud convencional, doctrina filosófica»¹⁵.

Si solamente la duda tomase carta blanca en nuestra existencia, entonces nuestro escepticismo adquiriría verdadera solidez. Mientras tanto sólo es una blanda vestimenta que apenas nos protege de los casos excepcionales. Entrenarse en la incredulidad con el pretexto de querer emanciparse de la propia piel supone litigar con el destino —causa perdida de antemano—. La indiferencia total únicamente es concebible como un juego de la imaginación y si, en tanto que ensoñación, opera como consuelo, es que ya forma parte del decorado. Nadie se alimenta exclusivamente de sus propias dudas, pues cuanto más se empeña en permanecer en el aire (al modo del «efético»), más inevitable es contar con los precisos asideros. Toda tarea de abolición, tarde o temprano, se encamina a poner en entredicho la angustia que la originó. ¿Cómo extirpar la primitiva fascinación que nos impulsa a desistir ante cualquier atractivo?, ¿por dónde escapar al destino de tal contradicción? «Ninguna crítica de ninguna razón despertará al hombre de su «sueño dogmático». Podrá quebrantar las certezas irreflexivas que abundan en la filosofía y sustituir las afirmaciones rígidas por otras más flexibles, pero, ¿cómo, por un método racional, logrará sacudir a la criatura, adormecida sobre sus propios dogmas, sin hacerla perecer?»¹⁶.

Al cabo del día, si exceptuamos los momentos de hipotensión, ejercitamos el escepticismo a lo sumo durante unos minutos —y siempre forzando la situación—; por lo demás, durante el resto, no abdicamos de nuestra fe. Nuestro espíritu, si lo forzásemos un poco más allá de esos minutos, se sofoca-

15. *Syllogismes de l'amertume*, p. 8.

16. *Breviario de podredumbre*. p. 80.

ría ante la ímproba tarea de someter todo juicio a la demolición.

¿Qué hacer, entonces, con esta disciplina que tiene vocación de fracaso? ¿Cómo explicar este naufragio de la perplejidad? Una de dos, o nos sobra el intelecto o estamos fisiológicamente mal preparados, puesto que no hay armonía posible entre el ánimo perezoso y el cuerpo solícito.

Para acabar

Cómo calificar a Cioran, cómo calificar a este francotirador que ha dedicado tantas horas de su vida a abortar toda ilusión generada por la filosofía. Este metafísico antimetafísico, este corruptor del lenguaje, este subversivo apolítico..., se define a sí mismo como «un escéptico al cual tienta, de vez en cuando, otra cosa que la duda»..., por ejemplo: el estilo, añadimos nosotros.

Sin duda alguna la obra de Cioran es uno de los testimonios más claros de lo que es la contradicción humana. Ella misma parte de la contradicción: todo ese derroche de bellas palabras que emplea para proponer que no hay nada que proponer. Es, el suyo, un discurso escéptico —y por ello seductor—, dedicado a chivatear la inflación de palabras creadas para llenar nuestro vacío. Denunciante a favor de nadie ni de ninguna filosofía, bufonesco, aguafiestas de todo pensamiento que se regodee de sus logros. En fin, caldo de cultivo para estos tiempos que corren.

JOSE I. NAJERA